

gislativo y Judicial, y, por último, los diputados del Partido Constitucional Progresista, respondiendo ampliamente a los propósitos del señor Madero, dejaron sin «quorum» las sesiones del 25 y 26 de octubre, porque sabían que en ellas, un grupo de diputados independientes pretendería que fuera interpelado el Ejecutivo sobre el proceso que se le instruía en Veracruz al brigadier Díaz.

Sin embargo, contra la voluntad del señor Madero y por encima de aquél torrente desbordado de pasiones políticas, de apetitos de venganza, que pedían en nombre de la vindicta pública, la cabeza de Díaz, la Suprema Corte de Justicia de la Nación, logró triunfar, merced a la actitud enérgica y resuelta de la mayoría de sus miembros, haciendo que el Consejo de Guerra suspendiera su acción sobre el general Díaz, para quien el Ministerio Público había pedido ya la pena capital, lo mismo que para el coronel Mignoní, para el mayor Fernando E. Zárate y para el teniente Lima.

* * *

Tal fué el epílogo del levantamiento felicista, en Veracruz. Los principales personajes en aquel simulacro guerrero que estuvo a punto de terminar en una horrible tragedia, quedaron a disposición de la justicia federal, y tres meses después, el 25 de enero de 1913, sabedor el gobierno del centro de que un nuevo levantamiento se preparaba en la capital veracruzana, con el fin de libertar al general Díaz de la prisión, ordenó el traslado de este militar a la Penitenciaría del Distrito Federal, de donde debía salir pocos días después para derrocar al gobierno ya moribundo del señor Madero.

CAPITULO XII.

La decena Roja.

Diversas conspiraciones en la Capital de la República.—El general Reyes en acción.—Quiénes prepararon los acontecimientos del 9 de febrero.—Importantes rectificaciones históricas.—La verdad de los hechos.—Sublevación de los Aspirantes y cuerpos de artillería en Tlalpam y Tacubaya.—El general Reyes jefe del movimiento.—Palacio Nacional en poder de los sublevados.—Libertad del general Félix Díaz.—Recuperación de Palacio por fuerzas gobiernistas al mando del general Villar.—Asesinato de los generales Bernardo Reyes y Gregorio Ruiz por las fuerzas del gobierno.—La columna felicista en completa desbandada.—Ataque a la Ciudadela.—Diez días de lucha.—El Senado influye sobre el general Huerta para el desconocimiento del gobierno de Madero.—Prisión del Presidente y del Vicepresidente de la República y de varios Secretarios de Estado por el general Blanquet.—D. Gustavo Madero, preso en Gambrinus y fusilado en la Ciudadela.—El pacto de la Ciudadela.—El general Huerta Presidente de la República.—Muerte de los señores Madero y Pino Suárez.—Consideraciones generales.

vención armada, se entrometía «pacíficamente» pero con toda decisión al fin en la marcha política del país, y no sólo permitió en sus dominios, sino que prohibió y apoyó de una manera directa y eficaz los trabajos revolucionarios contra el gobierno maderista, iniciados con toda fortuna por un grupo de connotados políticos mexicanos, descontentos, como la mayoría de la nación, de aquel lamentable estado de cosas suscitado y sostenido en latente actividad por los incontables errores del señor Madero.

El apoyo más fuerte que el gobierno de los Estados Unidos debería prestar al nuevo movimiento revolucionario, venía directamente de Mr. Wilson, y consistía, bien en reconocer la beligerancia de los rebeldes del Norte o bien, en último caso, en desconocer al gobierno del señor Madero, a título de que no prestaba ya ninguna clase de garantías a nacionales ni a extranjeros, lo cual ejercería una presión tal en este mandatario, que lo obligaría irremisiblemente a dimitir.

El personaje designado para ocupar la presidencia provisional de la República, era el conocido político don Tomás Braniff, diputado más tarde al Congreso de la Unión, quien debería, inmediatamente después de su ascenso a la primera magistratura del país, convocar a elecciones presidenciales.

Bien por la honorabilidad de este señor, que ofrecía sin duda amplias garantías a la nación, bien por los grandes elementos pecuniarios con que se contaba para el caso, ello es que pronto tuvo aquel complot ramificaciones de importancia en varios puntos del país, y contó con no pocos correligionarios de gran significación política, entre los que se encontraba como figura principal el señor licenciado don Miguel Bolaños Cacho, actual gobernador del Estado de Oaxaca, y con él otras muchas personalidades de aquella importante entidad federativa.

Con el carácter propagandista de ese movimiento y procedente de los Estados Unidos, estuvo en México la señora Carmen C. de Domínguez, persona que gozaba de la confianza del Presidente Wilson, logrando en poco tiempo hacer una fructuosa propaganda en favor de la causa que nos ocupa. Tuvo varias conferencias con los hermanos Braniff y otras distinguidas personalidades de la capital, hizo viajes a varios lugares de la República, conquistán-

dose adeptos y preparando con éxito completo la revolución, distribuyó algunas importantes cantidades de dinero que deberían emplearse en el sostenimiento de cuerpos revolucionarios; y sólo después, cuando ya había estallado el movimiento felicista, que se adelantó al que venimos refiriendo, tuvo la policía maderista conocimiento de los trabajos revolucionarios de la señora Domínguez, a quien mandó aprehender, lo mismo que a varias de las personas de que se rodeaba, lo cual no pudo llevarse a efecto, debido a que con toda oportunidad pudieron ponerse a salvo de cualquiera persecución la expresada señora y sus compañeras de labores revolucionarias, abandonando el «Hotel Ambos Mundos» en donde se hospedaban, y en donde celebró no pocas juntas con varias de las personas inodadas en el complot.

*
* *

Al mismo tiempo y persiguiendo idénticos ideales políticos, tendentes de manera esencial a derrocar el desastroso gobierno del señor Madero, dos conocidos políticos, hombres de grandes actividades, de talento y de criterio bien orientados y con un buen prestigio en todo el país, los señores licenciados Manuel Calero y Jesús Flores Magón, preparaban por su lado, con distintos elementos, pero de no menos valor que los anteriormente citados, otro movimiento rebelde que también se extendía por diversos Estados de la República, y con el cual estaban identificados algunos señores gobernadores, varios conocidos políticos y valiosos elementos militares, que le daban seriedad y consistencia a esta nueva facción revolucionaria.

Quizás aquellos dos políticos hubieran logrado sus propósitos a no habérseles adelantado en tiempo otro complot más: el iniciado y dirigido por el señor general don Bernardo Reyes y llevado a cabo por sus partidarios; complot que, una vez que hubo estallado y a la muerte del ameritado divisionario acabado de citar, tomó el nombre de «movimiento felicista» por ser don Félix Díaz quien quedó al frente del núcleo revolucionario.

Se ha asegurado en infinidad de folletos y de artículos

debidos a partidarios de don Félix, y nosotros mismos incurrimos también en idéntico error en la primera edición de este libro, ya citada, que el movimiento revolucionario del 9 de febrero de 1913, que después de su fracaso en Palacio Nacional fué a refugiarse en la Ciudadela, se debió al entonces general de brigada don Manuel Mondragón; y sin embargo, nada más inexacto. Este levantamiento rebelde en el que tomó origen la caída del desastroso gobierno maderista, fué preparado por el general Reyes y sus partidarios, a cuya cabeza se hallaba el conocido leader reyista Dr. Samuel Espinosa de los Monteros.

Los generales Mondragón, Díaz y Ruiz, estuvieron, ciertamente, inodados en el complot, pero no fueron nunca más que figuras secundarias, sometidas en todo a la jefatura suprema del señor general Reyes, quien desde su prisión dictaba las disposiciones conducentes al mejor éxito de la empresa.

Y no podía ser de otra manera. Llevada a cabo esta sublevación principalmente por elementos militares, era preciso que a la cabeza de ella se encontrara un militar de reconocidos méritos y de prestigio, un jefe que pudiera ser segura garantía de disciplina, de honradez y de orden, un soldado que por sus limpios antecedentes y por su valor pudiera reunir en torno suyo a todo el Ejército, y ninguno otro que llevara tan amplias cualidades como el señor general Reyes, en quien la patria tuvo siempre uno de sus más preclaros defensores.

En apoyo de esta verdad y antes de seguir ocupándonos de los acontecimientos políticos de la «Decena Trágica,» conozcamos las importantes rectificaciones históricas hechas por los señores don Alberto Beteta y don Guillermo Casas, con motivo de algunas erróneas afirmaciones hechas públicamente por el señor licenciado don Querido Moheno:

México, Julio 21 de 1913.

Señor director de EL IMPARCIAL, licenciado don Carlos Díaz Dufoo.

Presente.

Muy estimado señor y fino amigo:

En el apreciable e importante periódico que usted digna-

mente dirige, se publicó ayer una larga entrevista celebrada con el señor diputado don Querido Moheno, en la que éste señor se entrega al placer de hacer afirmaciones a diestra y siniestra, entre las cuales hallo las siguientes que exigen rectificación inmediata de parte de los que tenemos la honra de haber sido y de seguir siendo reyistas.

Dice el señor Moheno: «No hemos olvidado que, después del fracaso de Veracruz, don Félix Díaz no hizo otra cosa que estarse quieto en su celda de la Penitenciaría de donde fué a sacarlo el movimiento hecho por el general Manuel Mondragón, para ir a encerrarse en la Ciudadela, donde lo encontró la caída del gobierno de Madero.» Esta afirmación es inexacta: el general que sacó de la Penitenciaría al brigadier Díaz, no fué el señor general de brigada entonces, don Manuel Mondragón, sino el señor general de división don Bernardo Reyes, jefe de la columna.

En otro lugar, dice también el señor Moheno:

«Mondragón preparó el cuartelazo; Mondragón sacó a Reyes de la Prisión Militar; Mondragón sacó a Díaz de la Penitenciaría y Mondragón por último, fué de hecho el único jefe de la Ciudadela.» Todo esto es inexacto. El cuartelazo fué ideado y preparado en todas sus partes, por el invicto y heroico general Bernardo Reyes, que no fué sacado de la Prisión Militar de Santiago Tlalotelolco por el general Mondragón como se asegura, sino que salió por sí sólo, seguido de los elementos militares que le aguardaban para ponerse a sus órdenes: fué éste mismo jefe, a la cabeza de la columna integrada después por el señor general Mondragón y sus fuerzas, el que rescató personalmente al señor general D. Félix Díaz, preso en la Penitenciaría de la ciudad.

Muerto frente a Palacio el ilustre señor general Reyes, el plan concebido por éste, se cambió como era natural, dirigiéndose entonces los señores Díaz y Mondragón a la Ciudadela, en donde como es público y notorio, mandaron los dos.

La justicia y la verdad exigen estas rectificaciones; y para que queden hechas, ruego a usted muy atentamente se sirva publicar éstas líneas, por lo cual le anticipa desde luego las más expresivas gracias su afmo. atto. amigo y S. S.

ALBERTO BETETA.

*
* *

México, 21 de Julio de 1913.

Señor director de EL IMPARCIAL.

Presente.

Muy señor mío:

En la entrevista de un repórter de ese diario con el señor don Querido Moheno que publicó hoy EL IMPARCIAL, en uno de los párrafos, dice el señor Moheno:

«... Mondragón preparó el cuartelazo; Mondragón sacó a Reyes de la Prisión Militar; Mondragón sacó a Díaz de la Penitenciaría...»

El señor Moheno, o no está enterado de los acontecimientos o desvirtúa los hechos a sabiendas.

El señor general don Manuel Mondragón, ni fué el que preparó el cuartelazo; ni el que sacó al señor general don Bernardo Reyes de la Prisión de Santiago; ni mucho menos el que sacó al general don Félix Díaz de la Penitenciaría.

El movimiento del nueve de febrero del año actual lo inició, preparó y llevó a efecto el gran patriota, desgraciadamente mal comprendido por muchos de los mexicanos, general don Bernardo Reyes, secundado por sus partidarios más fieles, bajo la dirección inmediata del señor general don Gregorio Ruiz y del leader reyista, doctor don Samuel Espinosa de los Monteros, quienes recibían órdenes directas del jefe.

Quiénes sacaron de la prisión al señor general don Bernardo Reyes, fueron sus partidarios; quien sacó de la Penitenciaría al señor general Félix Díaz, fué el general Reyes seguido de sus partidarios y demás elementos que se le unieron.

El señor general Mondragón fué uno de tantos elementos que se adherieron al movimiento; más aún, el señor general Mondragón fué uno de los que más se opusieron a que este movimiento se llevara a cabo en su oportunidad.

Antes de escribir estos renglones, me acerqué al señor doctor don Samuel Espinosa de los Monteros, con objeto de

que me autorizara para hacer estas revelaciones y obtuve de él la siguiente contestación:

«Puede usted decir la verdad, lo autorizo para ello, ahora que estamos para asumir responsabilidades y no para recoger glorias. Los que iniciamos y organizamos el movimiento del nueve de febrero, fuimos los señores Francisco de P. Sentiez, Rafael de Zayas Enríquez (hijo,) Juan Palacios, capitán de artillería Rafael Romero López (ahora mayor) Miguel Mendizábal, Felipe Chacón, Abel Fernández, ex-presidente del Centro Antirreeleccionista, Salvador Savinión, usted y yo; dando todos nuestros pasos previamente consultados y con la anuencia del señor general Bernardo Reyes, quien dirigió todo desde su prisión. Está en preparación un folleto que pondrá los puntos sobre las ias; pues a raíz de los acontecimientos, tiempo enteramente inoportuno, y cuando todavía se encontraba en estado inconsciente por las heridas que recibí, se publicaron varios folletos y una relación en el periódico «La Tribuna,» preñadas de falsedades y es necesario que la nación conozca la verdad.»

Por lo tanto, ruego a usted señor director se sirva dar cabida, en su popular diario, a estos renglones, ofreciéndole que oportunamente haré otras revelaciones no conocidas por el público y mientras tanto le anticipo las gracias, quedando de usted affmo. atto. y S. S.

G. Casas, Secretario del Partido Demócrata Bernardo Reyes.»

*
* *

Hechas las anteriores importantes rectificaciones, que ayudarán a la Historia de esta época a fijar responsabilidades y a conceder bien a quienes lo merezcan, sigamos el hilo de estos acontecimientos que tan hondamente conmovieron al país entero, marcando una nueva etapa en la historia de nuestra vida política.

Además, pues, de los citados señores generales Bernardo Reyes, Félix Díaz, Gregorio Ruiz y Manuel Mondragón, los dos primeros, reclusos en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco y en la Penitenciaría del Distrito, respectiva-

mente, se hallaban comprometidos en el movimiento revolucionario que nos ocupa, los señores Enrique Mondragón, Manuel M. Velázquez y José María Servín, también generales; licenciados Rodolfo Reyes, José Bonales Sandóval y José Vera, ingeniero José Mondragón, doctores Enrique Gómez y Samuel Espinosa de los Monteros, varios jefes militares de menor graduación que los citados, un gran número de oficiales, y si no tomando participación activa en los trabajos revolucionarios de aquel importante núcleo, sí de acuerdo con ellos y prestándole todo el inmenso apoyo moral de que fueron capaces, los señores licenciados Francisco León de la Barra, Jorge Vera Estañol y Nemesio García Naranjo, ingeniero Alberto Robles Gil, Alberto García Granados y Toribio Esquibel Obregón y otras personalidades de no menos prestigio, entre las que se encontraban algunos capitalistas.

Los iniciados celebraban sus juntas, bien en la casa del señor general don Manuel Mondragón, sita en Tacubaya, bien en las casas del licenciado don Rodolfo Reyes y de los doctores Enrique Gómez y Samuel Espinosa de los Monteros, y bien, por último, en el Hotel Majestic, situado en la Avenida de San Francisco, y cuyo propietario, el señor Cecilio Ocón, prestó servicios de importancia al movimiento.

Comprometidos en este complot, como hemos visto, gran número de jefes y oficiales que habían llevado la idea revolucionaria a todas las fuerzas de guarnición en la plaza, escuela de Aspirantes y Colegio Militar de Chapultepec, se tenía como completamente seguro el éxito del movimiento; el Presidente y el Vicepresidente de la República, quedarían reducidos a prisión y obligados a dimitir; y sin el derramamiento de una sola gota de sangre, se constituiría un gobierno provisional que prestara a la nación toda clase de garantías y que convocara desde luego a nuevas elecciones presidenciales.

Las aspiraciones, pues, como se ve, estaban muy lejos de ser personalistas; se revolucionaba no para saciar egoísmos ni ambiciones bastardas, sino persiguiendo como un supremo ideal la salvación de la patria; y esta alteza de miras quedaba plenamente demostrada con el sólo hecho de que entre los principales personajes comprometidos en el levantamiento, generales Reyes, Díaz, Mondragón y Ruiz, previamente se convino de una manera expresa, y terminan-

te que al triunfo de la revolución, ninguno de ellos asumiría la Presidencia de la República, a cuyo puesto sería llevado el señor licenciado de la Barra, persona de limpios antecedentes y cuya honradez, prestigio y aptitudes, garantizaban ampliamente los intereses del país. Circunstancias imprevistas, sin embargo, vinieron a cambiar más tarde el curso de estos nobles propósitos.

Desde luego, este movimiento se vió obligado a adelantarse a la fecha en que debía de estallar, debido a que, por una parte, el señor general Mondragón tuvo conocimiento de los otros complots a que nos hemos referido anteriormente y quiso adelantarse a ellos, y por otra, ya habían llegado a noticias de los hombres del gobierno los propósitos de los neo revolucionarios, y empezaban a ser estrechamente vigilados por la policía reservada varias de las principales personas en aquel movimiento comprometidas.

En estas condiciones, casi precipitadamente por el temor de que un día más de retardo hubiera echado por tierra una peligrosa e incesante labor revolucionaria de varios meses; y sin tiempo para poner de acuerdo a todos los iniciados en el movimiento, se señalaron para que estallara las primeras horas de la mañana del 9 de febrero, y así se hizo, resultando desgraciadamente una hecatombe, lo que se anhelaba hacer sin derramamiento de sangre.

*
* *

He aquí como estalló al cabo la sublevación que nos ocupa:

A las cuatro de la mañana de la fecha indicada—9 de febrero de 1913—los señores generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz al frente de una columna militar compuesta por el primer regimiento de caballería al mando del coronel Anaya y fuerzas del 2º y 5º regimiento de artillería con sus respectivas piezas y al mando del teniente coronel Aguillón y del mayor Frías, salieron del cuartel de estos cuerpos en Tacubaya, con dirección a la metrópoli, seguidos por algunos taxímetros en los que venían gran número de paisanos, que se habían adherido al movimiento.

En esta disposición y avanzando por la calzada que conduce de aquella a esta ciudad, la columna revolucionaria pasó por Chapultepec; tomó en seguida por el paseo de la Reforma hasta entrar a la Avenida Juárez y torciendo a su izquierda para tomar las calles de Soto se dirigió a las calles de la Libertad, de cuyo cuartel salieron las fuerzas del primer regimiento de artillería al mando del capitán Juan Montañó, que fueron incorporadas desde luego a la columna, sin el menor contratiempo.

En el trayecto recorrido se unieron al grueso de los rebeldes varios grupos de paisanos, gendarmes de a pie y una patrulla de la gendarmería montada, y ya notablemente reforzados por estos nuevos elementos, hicieron rumbo a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, a donde los llevaba el propósito de unirse al señor general don Bernardo Reyes.

Serían poco después de las cinco de la mañana cuando la columna hizo alto frente a la prisión de referencia, allí se les unió inmediatamente un escuadrón de caballería de la escuela de Aspirantes, a cuyo frente se encontraba ya el señor general Reyes que acababa de ser puesto en libertad por sus partidarios y alumnos mencionados, los que no encontraron la más pequeña resistencia que vencer de parte de las fuerzas que resguardaban la prisión de Santiago, pues estas ya estaban previamente de acuerdo con el general Reyes para secundar el movimiento.

Al lado del divisionario jalisciense hallábanse su hijo el señor licenciado don Rodolfo Reyes, el licenciado don José Bonales Sandoval, doctor Espinosa de los Monteros así como una parte de fuerza del 20º Batallón y un grupo numeroso de paisanos que no cesaban de lanzar con febril entusiasmo vivas a los generales Reyes y Mondragón.

Reorganizada la columna y engrosada nuevamente con los elementos militares y civiles que acababan de poner en libertad al señor general Reyes, se tomó la dirección de la Penitenciaría del Distrito, después de asumir el citado divisionario el mando supremo de la columna a cuyo frente se colocó, llevando a derecha e izquierda a los generales Mondragón y Ruiz.

Gran número de gente del pueblo entre la que predominaba la clase media, engrosaba a cada momento aquel ejército rebelde que en poco tiempo perdió su carácter militar

para adquirir las proporciones de un verdadero movimiento popular, a cuyo seno una pequeña parte del ejército no acababa de hacer otra cosa que llevar la chispa incendiaria de aquella fogata de revolución.

Quienes escriben estas líneas fueron espectadores en aquella primera faz de la tragedia y pudieron darse cuenta de cómo una multitud entusiasta de civiles se unía espontáneamente a la revolución que acababa de estallar y de cómo de millares de pechos de todas las clases sociales, se escapaban al paso de los sublevados, delirantes gritos de vivas al Ejército y a los caudillos de aquel movimiento, generales Reyes y Mondragón, mientras al mismo tiempo una protesta unánime, colosal, desbordada, contra los incabables desaciertos del señor Madero y contra las iniquidades de la «Porra,» se levantaba de aquella multitud, como una enorme ola de indignación y de coraje.

Aquel movimiento militar era recibido por el pueblo en medio de un delirante regocijo, y ambos quedaban desde aquel momento identificados en un mismo supremo ideal de paz y de concordia, que incuestionablemente le daban las cualidades esenciales de una verdadera revolución, y con ellas una fuerza y un poder incontrastables.

En estas condiciones, completamente moralizada y llevando tras de sí como una garantía de éxito el apoyo de la opinión pública, de muchos meses atrás adversa ya al gobierno maderista, la columna avanzó por las calles de Leumberri hasta llegar a la Penitenciaría del Distrito, a cuyas puertas llamaron los señores generales Reyes y Mondragón, exigiendo la libertad inmediata del señor general Díaz.

El joven Víctor José Velázquez, en un folleto que acaba de publicar (1), asienta que «en las azóteas del edificio apareció un piquete de soldados, los cuales fueron parapetados tras de los aspilleros, rompiendo el fuego sobre nosotros. (La columna revolucionaria.) Se les contestó en la misma forma. Después de un corto tiroteo se acalló éste, debido a que del interior de la prisión tocaron «alto el fuego.»

No es exacto esto; los soldados encargados de la vigilan-

1—Apuntes para la Historia de la Rev. Felicista.—Víctor José Velázquez
Págs. 77 y 78

cía del edificio no hicieron contra la columna que llegaba ni el más pequeño movimiento hostil; no se produjo allí ninguna fricción, y la sola orden del general Reyes de que se abocara una pieza de artillería frente a la puerta de la Penitenciaría a fin de hacerse fuego sobre ella en el caso de que no se pusiera en libertad al general Díaz, fué bastante para que el señor don Octaviano Licéaga, director de la Penitenciaría, después de algunos pequeñas dificultades y convencido de la inutilidad de toda resistencia, hiciera la entrega del militar de referencia.

El general Díaz fué recibido con aclamaciones de verdadero regocijo; los soldados y los alumnos de la Escuela de Aspirantes hicieron varias descargas al aire en medio de los aplausos y de la gritería de una multitud enloquecida de entusiasmo, y pocos instantes después, ya con el general Díaz también a la cabeza, la columna rebelde, dando media vuelta, tomó nuevamente por las calles de Lecumberri para torcer por Rodríguez Puebla y la Santísima, en dirección a Palacio Nacional.

*
* *

A la misma hora poco más o menos, las cuatro de la mañana, en que los generales Mondragón y Ruiz emprendieron desde Tacubaya su marcha sobre la Capital, en la forma que acabamos de describir, en la Escuela Militar de Aspirantes, sita en Tlalpan, y correspondiendo al mismo plan revolucionario del general Mondragón con quien se pusieron de acuerdo para secundar el movimiento por conducto de los oficiales de aquel plantel, Santiago Mendoza y Alejandro Kurzyn, los alumnos se disponían a abandonar la escuela y comenzaron a hacer con el mayor sigilo sus preparativos de marcha, los cuales fueron llevados a cabo con toda felicidad.

Se procedió a ensillar la caballería, y una vez efectuada esta operación y después de quedar perfectamente municionados todos los alumnos; sin un solo grito subversivo, silenciosamente y sin ser notados por nadie, se emprendió la salida del plantel, efectuándose ésta por la puerta que da al campamento. Marchaban las secciones de infantería y

artillería de cuatro en fondo y llevando cubiertos sus flancos, vanguardia y retaguardia por el escuadrón de caballería, al mando aquellas del capitán segundo Samuel H. Gutiérrez y tenientes Gaona, Alejandro Armijo y Alfredo Kurzyn; y éste al mando de los capitanes Santiago Mendoza y Antonio Escoto y del teniente Zurita.

En esta forma la columna se adelantó por la Avenida de San Fernando hasta desembocar en la Estación de los tranvías eléctricos, que se hallaba a aquella hora completamente desierta.

Como faltara mucho tiempo para que el servicio de trenes comenzara su tráfico y los alumnos no tenían tiempo que perder, se celebró entre ellos una breve junta en la que se resolvió que la caballería se dirigiera a escape hasta San Antonio Abad, en donde debía esperar la llegada de las dos secciones de infantería, que marcharían a pie hasta encontrar el primer tren de pasajeros, que debería ser tomado por asalto, obligando al conductor a conducirlos a toda velocidad hasta la capital.

Estas resoluciones fueron ejecutadas sin pérdida de tiempo. El escuadrón de caballería emprendió a galope su marcha hacia la capital, mientras los alumnos que formaban la secciones de infantería y artillería, avanzaron hasta la Estación de Huipulco en donde sin la menor dificultad asaltaron el primer tren que iba rumbo hacia Tlalpan. Se colocaron las dos secciones mencionadas en los carros de primera y segunda y aprovecharon un furgón de carga anexo al tren para transportar en él dos ametralladoras y un fusil Reixer, así como varios paquetes de parque.

Apenas instalados, ordenaron que el convoy se pusiera en marcha, y poco tiempo después llegaban a San Antonio Abad, en donde no esperaron mucho tiempo para que se les incorporara la caballería.

Ya reunido todo el personal de la Escuela, organizada debidamente la columna y después de haber sido nombrado un servicio de avanzadas, se emprendió la marcha hacia el centro de la ciudad, tomando por las calles de Flamencos. Sin el menor contratiempo y después de haber desarmado en el trayecto a todos los gendarmes de a pie que encontraban a su paso, la columna de Aspirantes llegó hasta la Plaza de la Constitución, en donde hizo alto.

El escuadrón se adelantó, y la infantería desplegándose

en línea de tiradores, avanzó hasta la puerta de honor de Palacio, haciéndolo por escalones. Las guardias del expresado edificio las componían hombres del 20º batallón, comprometidas ya en el caso. El capitán de la puerta referida abrió ésta y luego de conferenciar breves momentos con el teniente Zurita, dejaron el paso a los referidos Aspirantes, quienes penetraron llenos de entusiasmo lanzando vivas a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz.

Al ser tomado Palacio por los Aspirantes y encontrándose en aquel recinto el señor general don Angel García Peña, Ministro de Guerra y Marina, uno de los aspirantes hizo fuego sobre él en los momentos en que este funcionario se escondía en una pieza y cerraba tras de sí la puerta-vidriera de ella. El tiro no hizo blanca; rompió solamente uno de los vidrios de dicha puerta, cuyos fragmentos, a su vez, hicieron pedazos los anteojos del señor Ministro, causándole algunas leves heridas en la cara. El general García Peña no hizo resistencia y quedó hecho prisionero de los alumnos.

Inmediatamente se ordenó que unos sesenta de ellos al mando del teniente Gaona se posesionaran de las torres de Catedral, mientras otra fracción se hacía fuerte en las azoteas del cajón de ropa denominado «La Colmena,» que hace ángulo con Palacio.» (1)

Ya en posesión de este edificio, se ordenó que el escuadrón de caballería de los alumnos se dirigiera a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, donde debería unirse al señor general Reyes, orden que en todas sus partes se cumplió felizmente, como hemos visto.

*
* *

El primero en tener noticias de la sublevación de los aspirantes, por no sabemos qué conductos, fué el señor Gustavo Madero, hermano del ex-Presidente de este mismo apellido, quien desde su casa y con la urgencia que el

1—Apuntes para la Historia de la Rev. Felicista.

caso requería, se comunicó por teléfono con el señor Inspector General de Policía, mayor Emiliano López Figueroa, quien puso al tanto de aquella sublevación. Acto continuo y logrando acompañarse de los señores Quevedo, gerente de «Nueva Era» y licenciado Adrián Aguirre Benavides, diputado al Congreso de la Unión, tomó un auto en el que cargando algunas cajas de parque y varias carabinas, se dirigió a todo escape a Palacio Nacional, ignorando que este edificio estaba ya en poder de los sublevados, y en donde sin duda alguna esperaba reunirse con los suyos y tomar parte activa en la defensa del gobierno.

A su llegada a Palacio la guardia dió la voz de «¡quién vive!» de ordenanza; don Gustavo Madero dió su nombre por respuesta, y al ser reconocido por los aspirantes, éstos lo hicieron inmediatamente preso, lo mismo que a los antes citados señores que lo acompañaban.

*
* *

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, uno de los ayudantes del señor general Lauro Villar, comandante militar de la plaza, que se había dado cuenta de lo que acontecía, se lo participó al mencionado militar, quien con toda actividad, sin un solo minuto de pérdida, y comprendiendo que la situación era en extremo delicada, se dirigió al cuartel de San Pedro y San Pablo de donde tomó sólo una parte de las fuerzas del 24º batallón que allí se acuartelaba, pues el resto se rehusó a seguirlo, y con ella se encaminó a Palacio Nacional, con el firme propósito de recuperarlo.

La actitud resuelta de este militar, que se presentaba intempestivamente, desconcertó por completo a los jóvenes aspirantes, quienes no se atrevieron a hacer fuego sobre el viejo soldado. Este, aprovechando aquel momento de sorpresa, les arengó a los rebeldes, llamándolos al cumplimiento de sus deberes para con el gobierno constituido; logró que depusieran las armas y los hizo prisioneros en las cocheras de Palacio; mientras que por otro lado ponía en li-

bertad al ministro de la Guerra y a don Gustavo Madero, de quien había hecho presa un pánico terrible.

Acto continuo, el general Villar cambió las guardias; una parte de su fuerza la colocó en las azoteas del edificio y la otra frente de palacio, en línea de tiradores, pecho en tierra, protegida por una sección de ametralladoras, y esperó resuelto el ataque de la columna del general Reyes, que ya se acercaba por las calles de la Moneda

*
* *

Y mientras tanto, ¿qué hacían los aspirantes posesionados de las torres de Catedral y de las azoteas de "La Colmena"? ¿por qué no acudían en defensa de sus compañeros? ¿por qué permitían que el gobierno recuperara Palacio, con unos cuantos soldados a los que no se les disparó ni un solo tiro? ¿Cómo es posible que el general Lauro Villar haya podido llegar impunemente hasta palacio, sin encontrar la menor resistencia de parte de las fuerzas rebeldes que ocupaban el edificio?

Hubo allí falta de resolución; abandono completo, de los que tenían el mando de los jóvenes aspirantes; exceso de confianza; quizás ineptitud imperdonable; quién sabe, pero sobre aquel cúmulo de circunstancias desarrolladas en contra de la causa revolucionaria en el supremo instante de prueba, pese sin duda alguna con todo el peso de una responsabilidad enorme, la muerte del valiente general Reyes, la del pundonoroso general Ruiz y la de más de ochocientas víctimas, la mayor parte de ellas de no combatientes; hombres, mujeres y niños, ajenos por completo a nuestras luchas políticas.

No se trataba ciertamente de un acto de heroicidad espartana; sólo un pequeño esfuerzo de resolución; hacerle frente al peligro que se avecinaba, disputarse la vida con el general Villar y con el escaso número de hombres que lo acompañaban, y la nueva revolución hubiera triunfado en aquel mismo día, sin efusión de sangre, sin que la patria hubiera tenido que llorar ante los cuerpos inanimados de los generales Reyes y Ruiz, la irreparable pérdida de dos de sus más preclaros hijos.

Tarde que temprano la Historia recogerá estos hechos sobre los que dictará su terrible fallo.

Pocos momentos después de que palacio había sido recuperado por el general Villar, el general Gregorio Ruiz, que al frente de dos escuadrones del 10º de caballería se había adelantado a la columna del general Reyes con el objeto de reforzar a los aspirantes que se hallaban posesionados del mencionado edificio, llegaba al frente de éste, siendo recibido en el acto por Villar, quien acompañado de los intendentes primero y segundo de palacio, señores Bassó y Salazar, se adelantó al encuentro de Ruiz, interrogándole:

—¿Cómo viene esa fuerza?

—Bien, general,—contestó Ruiz.

—Dése usted por preso.

E inmediatamente Villar, Bassó y Salazar, como obedeciendo a un mismo movimiento, apuntaron sus armas sobre el pecho del general Ruiz, quien se entregó, sin que le hubiera sido posible hacer la menor resistencia.

Fué conducido a palacio, en donde quedó en calidad de preso, con las seguridades debidas, mientras sus fuerzas en completo desorden se dispersaban por distintos rumbos de la ciudad.

*
* *

Pocos minutos después, el señor general Reyes, ignorante de los acontecimientos que hemos relatado, se adelantó sobre Palacio, tomando por las calles del Correo Mayor y de la Acequia, a la cabeza de sus partidarios y rodeado de un gran número de gente del pueblo, mientras en las calles de la Moneda hacía alto la columna militar a cuya cabeza quedaron los generales Díaz y Mondragón.

En la citada calle de la Acequia, salió al encuentro del general Reyes uno de sus partidarios, el señor Salvador Saviñón, quien le informó que Palacio había sido ya recuperado por el Comandante militar de la plaza, general Villar, y le aconsejó que hiciera alto, y que fuera otro el plan de campaña que se pusiera en acción, pero el señor general Reyes sin darse cuenta exacta de su situación, quizá demasiado confiado en el éxito de su empresa y con el mismo

valor heroico que lo distinguió en todas las acciones de su honrosa carrera militar, siguió su avance sobre Palacio, impertérrito, tranquilo y animando a los suyos con su palabra vigorosa a ir en defensa de la patria, que peligraba en manos mercenarias.

En la primera edición decimos que "el general Villar se enfrentó con Reyes intimándole rendición, como acababa de hacerlo con el general Ruiz, pero el valiente divisionario no se inmutó siquiera; una sonrisa de desdén ante el peligro que lo amenazaba de muerte, plegó ligeramente su rostro, e imperturbable, sereno, y con la conciencia del deber cumplido, por toda respuesta hizo fuego sobre Villar, logrando herirlo en un hombro, aunque no de gravedad." Este hecho es enteramente falso.

Con el general Reyes se cometió un alevoso asesinato que nunca podrán justificar los que cobardemente ordenaron que se hiciera fuego sobre él.

Inermes, rodeado de una multitud indefensa e inofensiva y a la cabeza de sus partidarios, todos civiles, entre los que se hallaban su hijo, el notable abogado don Rodolfo Reyes, el doctor Espinosa de los Monteros, Salvador Savignon, ya citado, Francisco de P. Santies y otros muchos connotados reyistas, se acercaba a Palacio por una de las puertas del frente, confiado en que este edificio se hallaba en poder de los aspirantes sublevados, cuando intempestivamente, sin habersele intimado rendición y con violación patente de las leyes de la guerra, se hizo sobre él una descarga cerrada de fusilería y un terrible fuego de ráfaga de ametralladoras, que segó en un instante la vida de centenares de personas.

No solamente el ameritado divisionario jalisciense cayó allí acribillado por arteras balas; con él cayeron muchos de los suyos y centenares, como antes hemos dicho, de individuos del pueblo: hombres, mujeres y niños que dada la circunstancia de ser día festivo, en aquella hora, y atraídos por la novedad de los acontecimientos, invadían aquel céntrico lugar en número considerable.

No hubo lucha. Las fuerzas gobiernistas al mando de Villar se dedicaron sólo a hacer blanco impunemente sobre la indefensa muchedumbre.

Sólo alguno que otro de los acompañantes del general Reyes, por instinto de conservación hizo uso de su arma, pero aisladamente y sin la más pequeña eficacia. Y tras el

general Reyes, que acababa de exhalar el último aliento de su vida en aras de un sublime ideal: la salvación de la patria, caían por centenares, combatientes y no combatientes; numerosos grupos de curiosos, gente que salía de catedral, que transitaba por aquellos lugares, ajena a la tragedia que iba a desarrollarse; pasajeros que esperaban la salida y llegada de los trenes eléctricos, y en fin, miembros de toda esa avalancha humana que en los días festivos invade desde las primeras horas de la mañana la Plaza de la Constitución, todos caían exánimes, acribillados por las balas gobiernistas que en poco tiempo dejaron sembrados de cadáveres el frente de Palacio, atrio de Catedral, Zócalo y Portales de Mercaderes y de Flores.

Fueron incontables las escenas de horror y de angustia que se desarrollaron durante el tiroteo.

Se calcula en más de ochocientos el número de muertos, habiendo sido, además, bastante crecido el de los heridos que recogieron las ambulancias de la Cruz Roja, Cruz Blanca y Cruz Blanca Neutral que ocurrieron al lugar de los sucesos con una actividad digna de todo elogio.

En aquella labor humanitaria cayó muerto el señor doctor don Antonio Márquez, persona muy honorable y muy querida, una de los fundadores de la Cruz Blanca Neutral y el que, en los momentos de atender un herido frente a palacio, recibió una bala que lo privó instantáneamente de la vida.

Al lado del señor general Reyes, cayeron muertos varios oficiales y alumnos de la Escuela de Aspirantes y heridos su fervoroso partidario, doctor Samuel Espinosa de los Monteros y el general don Manuel M. Velázquez. De parte del gobierno pereció también el valiente coronel Morelos, que defendía una de las puertas de Palacio, algunos oficiales e individuos de tropa.

* * *

La muerte del señor general Reyes y la dispersión de sus partidarios en completa derrota y por todos los rumbos de la ciudad, fué para la columna militar de los generales Díaz,

y Mondragón, el grito angustioso de «sálvese el que pueda.»

Un pánico terrible se apoderó de aquella gente que, en desbandada, atropellándose una contra otra y abandonando armas y caballerías, trataba solamente de ponerse a salvo y huía por todas partes, presa de un espantoso miedo.

Sólo unos cuantos hombres de las tres armas lograron reunir los generales Díaz y Mondragón, quienes al frente de una columna exigua y desmoralizada hicieron rumbo a la Ciudadela, cuyos grandes depósitos de parque y armamento, ofrecía a los rebeldes, desde aquel momento llamados «felicistas,» inmejorables condiciones de defensa.

*
* *

Mientras esto acontecía en la ciudad, el Presidente Madero, a quien por teléfono se le había dado cuenta de los sucesos acaecidos, ordenaba los primeros preparativos para abandonar su alcázar de Chapultepec y emprender su marcha sobre la capital, en donde, siempre optimista y siempre confiado en su buena suerte, esperaba que su sola presencia bastara a sofocar el nuevo movimiento revolucionario.

Al mismo tiempo empezaban a llegar en defensa del gobierno y obedeciendo órdenes, bien de la Comandancia militar, bien de la Inspección general de policía, el batallón de Seguridad y el primer regimiento de la Gendarmería montada, más ocho compañías de Gendarmería de a pie, al mando ésta del comandante Castillo.

Con tales elementos, se ordenó una avanzada de alumnos del Colegio Militar y se colocó el resto a la vanguardia de la columna presidencial; los flancos de ésta fueron cubiertos por infantes del batallón de Seguridad y Gendarmería montada, al mando del Mayor Heriberto Flores, y la retaguardia por la Gendarmería de a pie, al mando, como antes dijimos, del comandante Castillo.

En el centro de la columna y marchando a la cabeza, venía a caballo el Presidente Madero, trayendo de un lado al capitán de navío, don Hilario Rodríguez Malpica, jefe de

su Estado Mayor, y del otro a don Federico González Garza, gobernador del Distrito. A su espalda venían el señor Inspector General de Policía, Emilio López Figueroa, acompañado de uno de sus ayudantes, el señor Leopoldo L. Gallardo, y los ayudantes del Presidente, capitanes Montes, Fuentes y Joaquín Cazarín.

En este orden avanzó aquella comitiva por la calzada de Chapultepec, como entre siete y media de la mañana, en medio de un silencio solemne y sin que individuo alguno del pueblo se hubiera acercado a engrosar la exigua columna maderista.

Al llegar la comitiva al frente del Restaurant Chapultepec, le dió encuentro el señor general don Angel García Peña, Secretario de Guerra y Marina, quien informó al señor Madero de los sucesos ocurridos en Palacio, y de los cuales como hemos visto, fué testigo presencial.

Acto continuo, este mismo funcionario ordenó que los elementos militares que acompañaban al señor Madero se formaran en columna de honor y le presentaran armas al primer magistrado de la nación.

El señor Madero afectaba una serenidad absoluta y sólo algún vez, dirigiéndose a sus acompañantes, exclamó:

—¡Cuán solo me veo; me hacen aquí falta muchos de los míos!

Efectivamente, era muy notable la ausencia absoluta del lado del señor Madero de los incontables miembros y adeptos del Partido Constitucional Progresista, que tan adicto se mostraba siempre al señor Presidente de la República; el mismo pueblo bajo, en cuyos elementos, y debido a una constante prédica demagógica había llegado a echar profundas raíces el maderismo, no acudía en defensa de su apóstol. Era ya hora en que, con la velocidad del pensamiento, la noticia de los sucesos desarrollados se había extendido por toda la ciudad y llevaba a todos los sitios públicos millares de curiosos, ávidos de noticias y de nuevos acontecimientos, y era verdaderamente notable la falta de elementos populares al lado del señor Madero.

*
* *

Frente al monumento de Cuauhtemoc, el teniente coronel

nel González Salas le dió encuentro a la columna del Presidente y le participó a este señor que el general Félix Díaz se acercaba con artillería; no obstante lo cual el señor Madero ordenó que el avance continuara.

En aquellos mismos momentos, en efecto, la columna felicista cruzaba el Paseo de la Reforma para tomar las calles de Bucareli y seguir sobre la Ciudadela; los jefes de esta columna, generales Díaz y Mondragón, pudieron avistar entonces la escasa columna maderista, a cuyo frente venía el presidente de la República, y era aquella ocasión de haberla batido con el éxito más completo, pues los felicistas eran muy superiores en número a los que tenía el gobierno; pero los generales Díaz y Mondragón no quisieron por ningún motivo hacer fuego sobre los alumnos del Colegio Militar, a los cuales debió sin duda alguna la vida en aquellos momentos el señor Presidente.

Continuaron, pues, ambas columnas su marcha; una sobre la Ciudadela y la otra en dirección a Palacio Nacional.

Esta, al llegar a la glorieta Colón, recibió el refuerzo de algunos hombres de la policía reservada al mando del coronel Ticó, jefe de la Gendarmería de a pié, reuniéndose también en aquel lugar y en aquella misma hora con el señor Madero, los señores Ernesto Madero, licenciado Rafael Hernández e ingeniero Manuel Bonilla, Secretarios de Hacienda, Gobernación y Fomento, y algunos grupos de gente del bajo pueblo, que empezaron a vitorear al señor Madero.

*
* *

Siguió su marcha la columna gobiernista hasta llegar a la esquina de la plazuela de Guardiola, de donde torció sobre la segunda calle del Teatro Nacional para continuar su avance por las calles del 5 de mayo; pero al llegar frente al edificio de la compañía de seguros sobre la vida «La Mutua», de los balcones y azoteas de este edificio se le hicieron algunas descargas de fuego al señor Madero, obligándolo a refugiarse en una de las puertas de las oficinas de la Remington.

En aquellos momentos, vestidos de paisanos y a pié llegaron los generales Victoriano Huerta y Rodrigo Valdés, manifestándole el primero al señor Presidente la conveniencia de que se refugiara en algún lugar seguro, pues continuaban las descargas del edificio de «La Mutua» y otras que hacían desde las torres de la Catedral los aspirantes que desde el principio del levantamiento se hallaban apoderados de aquella posición. El señor Madero, por una triste coincidencia que ha llamado poderosamente la atención, escogió para su refugio la fotografía «Daguerré» lugar en el que pocos meses antes, el maderismo en su forma demagógica más brutal y violenta, obligaba a refugiarse al general Reyes.

Desde los balcones de este edificio, el señor Madero arengó a la multitud que le rodeaba y que en aquellos momentos había ya ascendido notablemente a varios centenares de individuos, que aclamaban al Presidente y al general Huerta, y pedían armas para su defensa. El señor Madero recibió allí también el concurso de su hermano don Gustavo, quien llegó acompañado de los conocidos agitadores Mariano Duque y Solón Argüello.

El general Huerta ordenó que algunos hombres del batallón de Seguridad se posesionaran de las alturas del edificio de «La Mutua» y del Teatro Nacional, y después de indicar a la multitud que se colocara delante del Presidente para resguardarlo, continuó éste su avance con dirección a Palacio Nacional. De algunos de los balcones fué saludado con aplausos el señor Madero a su paso por la gran Avenida.

A su llegada a Palacio Nacional, el señor Madero fué informado por el general Villar de cuanto había ocurrido hasta aquellos momentos; se convocó a una junta de ministros que se llevó a cabo inmediatamente y a la que sólo concurren los señores licenciado Rafael Hernández, Ernesto Madero, general Angel García Peña e ingeniero Manuel Bonilla, y en ella se tomaron los siguientes acuerdos:

1º Fusilamiento inmediato del general Gregorio Ruiz, sin formación de causa.

2º Iniciativa al Poder Legislativo concediéndole el Ejecutivo amplias facultades en los ramos de Guerra y Hacienda y